

olores, sensaciones, ruidos, nada tangible. El olor a jazmín, a hojas de higuera y azahar me turba. El azul líquido del cielo, el reflejo del sol en las olas, la arena ardiente bajo las plantas de los pies, la violenta luz del mediodía, la sal en la piel, la llamada del muecín... La Túnez soñada está pegada a mi piel como un tatuaje indeleble, es mi matriz mediterránea, mi pasaporte oriental, la que hace que siempre encuentre refugio, bajo un techo sobre cuatro paredes encaladas, en Grecia, Italia, Cerdeña, Sicilia, España, Israel, Egipto... Me basta con una puerta azul, el merodeo de un gato flaco, unas frutas demasiado maduras en los puestos de un mercado; me basta con unos *mezze*, unas tapas, unos platos de *kemia* sobre la mesa, con el olor a ajo frito que se escapa de una ventana abierta, con una siesta entre sábanas blancas con las persianas cerradas. Me basta con sentarme y contemplar el mar.

He vuelto a Túnez, a veces dos o tres veces al año. A menudo también he dejado pasar los años. La ciudad que he elegido es París: en ella me siento bien, soy una exiliada bien integrada cuyas identidades se funden en el anonimato de un territorio urbano. Y, además, me gusta descubrir el mundo, recorrer lo desconocido. Túnez me parecía un país limitado, previsible y sin esperanza de cambio, aunque, pese a la dictadura —ante la que yo, como los demás, cerré los ojos—, veía con satisfacción la irrupción de la modernidad y el crecimiento de una clase media. Iba a Túnez con sentimientos encontrados: había nacido

aquí, pero no era de aquí. Reconocer la música de la lengua, pero sin entender las palabras. Sentir sin pertenecer. Ser incapaz de explicarlo.

Y, sin embargo, cada vez que aterrizaba en Túnez o Yerba, en cuanto bajaba del avión y el viento cálido me acariciaba la cara, de inmediato regresaba a la superficie esa parte que es distinta, que está escondida en el fondo de mi ser. Era poco y ya mucho como para no sentirme totalmente extranjera.

Pero ese viaje fue distinto. En seguida la emoción se impuso sobre el resto. Llegó poco a poco, en las reuniones con las mujeres. Busqué y encontré complicidad con ellas: Ramla, Syrine, Cherifa, Leila, Hela, Mouna, Sonia, Irane... De repente, se habían convertido en mis hermanas, mis primas, mi familia, como si yo volviera de muy lejos, como si me hubieran guardado un sitio. Se parecían a mí y yo me parecía a ellas. Las entendía sin que tuvieran necesidad de hablar. Le explicaba a Marie-Françoise el significado de las palabras y los gestos, los sitios, las costumbres, la cocina... Por primera vez, me sentía un poco como en casa.

Esa tarde, en la avenida Burguiba, empujada por la multitud que coreaba en árabe las palabras libertad, paz, tolerancia, palabras de reconciliación entre religiones y creencias, me emocioné y también me sentí orgullosa. Orgullosa de mi pequeño país.

París, mayo de 2011

La primavera de los muertos

Wahiba Khiari. Escritora, Argelia

Tres jóvenes de distintos países y contextos históricos descubren que comparten la misma incompreensión ante su propio asesinato.

Hace diez meses que abandoné el mundo, sí, estoy muerto, y los muertos pueden escribir; basta con saber leer entre las líneas de la vida. Tenía apenas 20 años, un ordenador y sueños de amor y libertad. Como morí en medio de una manifestación, ya no soporto las multitudes; aún resuena en mi cabeza el silbido de las balas y noto el olor asfijante del gas lacrimógeno. No puedo estar con todas esas per-

sonas que llegan a cientos todos los días. Estamos en una zona reservada a los mártires, pronto nos tendrán que ampliar el cielo. O sea que me alejo de las multitudes, me da miedo que una bala me vuelva a matar.

Me acerco a un adolescente que se ha retirado a una esquina. Apoyado en un árbol inmenso, mira hacia lo alto. ¿Busca a Dios o ya lo ha encontrado?

—¡Salam! ¿Eres nuevo?

—No, llevo aquí mucho tiempo, veinte años, tal vez más; aquí no hay paredes para grabar los días que pasan, ni siquiera hay días que contar. Se te nota que acabas de llegar, aún hueles a vida.

—Llevo aquí varios meses. ¿Fue natural?

—¿Quién?

—Tu muerte.

—Podría haber muerto de «muerte de Dios», como decimos aquí, porque era asmático, pero los hombres fueron más deprisa. Morí asfixiado por culpa de un gas que en principio solo tenía que hacerme llorar; no tuve tiempo de derramar ni una sola lágrima. Era un gas lacrimógeno para las madres de los manifestantes. La mía no se recuperó nunca. ¿Y tú?

—Una bala «perdida» que acabó apareciendo en mi cabeza. Yo le gritaba «¡Lárgate!» al presidente. Luego nos cruzamos en el aire: él, en avión, huyendo del pueblo furioso, y yo, muriéndome y entusiasmado por mi valor. Él lloraba, yo me reía.

—¿No te dio miedo salir a la calle?

—Al principio sí, sobre todo cuando vi a todos esos jóvenes a los que habían matado.

—¿Cómo los viste?

—Por un vídeo grabado con un móvil y compartido en Facebook.

—¿Qué? ¿Qué es eso de los móviles que pueden grabar y ese facemook?

—¡Facebook! Gracias a eso pudimos reunirnos y gritar todos la misma palabra, «¡Lárgate!». El día antes de morir, estaba sentado frente al ordenador y vi por Internet desfilar ante mis propios ojos todas esas imágenes, jóvenes de mi edad, asesinados todos ellos por balas «perdidas». Me pasé toda la noche acusándome de cobarde por no haberme echado ya a la calle. Durante años nos hemos escondido detrás de los ordenadores con nombres falsos, fotos falsas; librábamos un simulacro de combate contra un espectro llamado Ammar 404, el censor que era la voz de su amo; a ese también le echamos al final.

—¿Y tu Facebook no te ha contado lo de los niños de octubre? ¿No te ha dicho que en 1988 murieron unos chavales en Argel porque se quejaban a gritos de lo dura que era su vida? Yo estaba con ellos, solo tenía 14 años. No teníamos móviles para tomar fotos, nos morimos sin testigos, cubiertos por el humo, acribillados por balas que buscaban un blanco. Hoy

ni siquiera quieren oír hablar de nosotros. Se dice que nos manipularon, que solo éramos un hatajo de gamberros que querían destrozarlo y quemarlo todo para robar. Nuestra rebelión habría podido ser una revolución, nuestra primavera no se habría convertido nunca en un invierno.

—¿Qué gritabais en las manifestaciones?

—Insultábamos al presidente, lo mismo nos daba que se largara o que no porque sabíamos que todos estaban podridos; le llamábamos *hmar*, burro; a sus ministros, ladrones; gritábamos «poder asesino». Queríamos una vida mejor, no tener que hacer horas de cola por una bolsa de sémola o un litro de aceite. La política nos importaba un pimiento.

—De todos modos, hace años podíais decir lo que pensabais sin que nadie os lo impidiese. Envidiábamos esa libertad.

—Después de nuestra muerte, la de los niños de octubre, fue cuando el presidente dio libertad a la prensa y, antes de dimitir, autorizó la existencia de varios partidos políticos. Sin querer, logramos lo mismo que vosotros. Sin tener que gritar «el pueblo quiere». Creo que, en realidad, no sabíamos lo que queríamos; de lo contrario, podríamos haber gritado «el pueblo ya no quiere...». Pero ese mismo pueblo pagó con su propia sangre la libertad que había logrado. ¿Ves a toda esa gente de ahí? Llegaron después de mí. Durante más de diez años, todos los días, ninguna muerte natural. Están demasiado tristes, ni siquiera hablan, esperan una justicia que tal vez no llegue nunca puesto que ya han perdonado a los que los mataron.

—Me estás asustando. ¿Quiere eso decir que nuestra primavera corre el riesgo de desaparecer también?

—Una primavera no desaparece nunca: la iluminan o la oscurecen.

—Mira, ha llegado un nuevo, parece muy desorientado. Bienvenido entre los muertos. ¿De dónde vienes?

—De Egipto. ¿Estoy muerto? Me han pillado, ¡*joulad elklab!* (hijos de perra).

—¡Eso parece! ¿No ha terminado ya vuestra revolución?

—Yo estaba en la plaza Tahrir, me manifestaba con mis amigos coptos; ayer quemaron una iglesia copta, nos tratan como si fuéramos extranjeros en nuestro propio país. Fuimos a decirles que éramos

egipcios; comenzaron a disparar por todas partes, me han matado, los hijos de perra.

—Siguen disparando a las multitudes. ¿Lo entiendes?

—No entiendo nada, nunca he entendido nada. ¡Venid! Manifestémonos aquí, gritaremos: «¡El pueblo quiere entender por qué lo han matado!»

Octubre de 2011

La lucha de las mujeres por la igualdad en el sur del Mediterráneo: experiencias y buenas prácticas asociativas

Laurence Thieux. Investigadora del GRESAM, Francia

Las mujeres de los países del sur del Mediterráneo, todas ellas fuertemente discriminadas, encuentran en algunas iniciativas locales en las que participan distintos sectores del entramado civil la manera de influir en la sociedad y, en ocasiones, en las propias políticas públicas. Tal es el caso de la Asociación para la Promoción de la Mujer y la Niña Hachemí (APFFH), en Argelia, y la campaña para reivindicar la transmisión de la ciudadanía en el Líbano, así como la lucha de las mujeres sulaliyates contra el sistema que regula las tierras cultivadas en Marruecos y la de las trabajadoras del sector textil en Egipto.

Pese a que las desigualdades entre hombres y mujeres están aún al orden del día en numerosos países de la cuenca mediterránea, hay una multitud de iniciativas locales promovidas por mujeres que combinan acciones económicas y solidaridades con el fin de lograr un acceso más justo y equitativo de las mujeres a los derechos económicos, sociales y políticos. La movilización de las mujeres y las asociaciones que luchan por la igualdad de género y los derechos femeninos ha desempeñado un papel preponderante, y sus iniciativas en numerosos ámbitos han contribuido a modificar las mentalidades y tradiciones patriarcales y, a veces, incluso han conseguido empujar a los gobiernos a reformar el marco jurídico con el fin de eliminar las disposiciones discriminatorias.

Las mujeres representaron un papel decisivo en la oleada de levantamientos que sacudieron, desde el año 2010, a la mayoría de sociedades del sur y el este del Mediterráneo. Las primeras elecciones democráticas tras la caída de los regímenes autoritarios en Túnez y Egipto han demostrado que las fuerzas políticas conservadoras surgidas de las diferentes corrientes del islam político dominan el nuevo escenario político. Esta corriente conserva-

dora pone en peligro las conquistas alcanzadas por las mujeres hasta el momento (Túnez) y frustra las aspiraciones de las árabes a la igualdad y a la eliminación de las numerosas discriminaciones de las que son víctimas. Esta evolución política también refleja el arraigo de las mentalidades patriarcales y el largo trecho que queda aún por recorrer para mejorar la condición jurídica y social de la mujer en estas sociedades.

Las asociaciones de mujeres del sur y el este del Mediterráneo trabajan en contextos difíciles (barreras administrativas, cierre o control de los medios de comunicación y obstáculos de tipo cultural). Si bien es cierto que la condición jurídica de las mujeres puede diferir de un país a otro, su nivel de participación económica, política, social y cultural es, por lo general, bastante parecido. En las zonas rurales es donde las mujeres sufren en mayor grado la desigualdad y la discriminación. El índice de analfabetismo es más elevado, sus ingresos más bajos y normalmente tienen un acceso limitado a los servicios educativos y sanitarios. Así pues, la labor de las asociaciones en este contexto es muy importante, y sus experiencias y actividades son, por lo general, muy poco conocidas.